



Organización
de las Naciones Unidas
para la Educación,
la Ciencia y la Cultura

MUSEOS: UNA VISITA GUIADA

Poderosos instrumentos de promoción de la cultura y, al mismo tiempo, grandes empresas con fines comerciales, los principales museos occidentales subrayan su vocación universal, desarrollan la cooperación internacional y abren filiales en el extranjero para adaptarse a la mundialización.

Algo que los museos de los países en desarrollo, cuyas colecciones están a menudo desperdigadas en el extranjero, no siempre ven con buenos ojos.

Sumario



Museos:
la polémica de
la universalidad 2



La vuelta
a casa de
los tesoros
culturales
afganos 5



De visita
en el Museo
Nacional
de Malí 10



“No hay que
centrarse
exclusivamente
en la cuestión
de la propiedad
de las obras
de arte” 4



Samoa:
“Las obras
de arte están
mejor fuera” 8



Un museo que
da el vértigo
de las
profundidades 12

Museos: la polémica de la universalidad

Poderosos instrumentos de promoción de la cultura y, al mismo tiempo, grandes empresas con fines comerciales, los principales museos occidentales han emprendido el camino de la mundialización.

El Museo del Louvre y el Museo Británico forman parte de una serie de instituciones culturales que están creando sucursales o estableciendo asociaciones en muchas partes del mundo.

El Ministro de Cultura de Francia, Renaud Donnedieu de Vabres, acaba de firmar con Abu Dhabi un contrato de treinta años para abrir un importante anexo del Museo del Louvre en este país, lo cual reportará al museo parisiense mil millones de euros.

El Británico ha recurrido a otro procedimiento y ofrece la organización de exposiciones itinerantes de parte de sus colecciones, que recorren el mundo entero. Recientemente, prestó obras de arte para una exposición organizada en la Ciudad Prohibida de Beijing, ofreciendo a los ciudadanos de China una visión excepcional de cómo, en plena revolución industrial, se percibían y copiaban con frecuencia las artes de su país en la Gran Bretaña.

Mientras que los museos occidentales reflexionan acerca de la universalidad de su misión, a muchos gobiernos y movimientos autóctonos de los países de origen de las obras de arte expuestas en Occidente lo que más les interesa es reconstituir su memoria cultural y sus conocimientos ancestrales.

Alain Godonu, director de la Escuela del Patrimonio Africano de Benin, señala, por ejemplo, que 95% del legado artístico de África se halla fuera del continente, con lo cual se está despojando a los jóvenes africanos de su sentido de la identidad. Por su parte, Samuel Sidibé, director del Museo Nacional de Malí, ubicado en Bamako, condena “el saqueo del pasado cultural” de su país y pide, además de la realización de una campaña internacional apoyada por la UNESCO para recuperar provisional o definitivamente las obras de arte autóctonas y exponerlas, el establecimiento de una cooperación internacional con vistas a luchar contra la piratería de bienes culturales.



© Museo Británico

Galería de las Esculturas Egipcias.

Un debate cara al futuro

Recientemente, la revista *MUSEUM Internacional*, editada por la UNESCO, organizó un debate entre los grandes museos del mundo y los partidarios de la restauración de la memoria nacional y étnica.

Ese debate, centrado en el tema “Memoria y universalidad: la nueva problemática afrontada por los museos”, tuvo lugar en la sede de la UNESCO en París y congregó a los directores del Louvre, del Museo Británico y del Museo del Ermitage de San Petersburgo, al mismo tiempo que a directores de museos de los países de origen de las obras de arte, universitarios y responsables de políticas culturales.

En el debate hubo un amplio consenso acerca del carácter universal de la misión de los grandes museos, aunque algunas iniciativas fueron objeto de controversias. Como la de crear un anexo del Louvre en Abu Dhabi. En Francia, el contrato con este próspero Estado del Golfo ha sido denunciado como una operación puramente comercial por gran parte de los medios culturales y artísticos del país. En una entrevista concedida al diario parisino *Libération* Neil MacGregor, director del Museo Británico, señaló que ese contrato se inscribe en la diplomacia cultural tradicional en Francia.

La cuestión de la propiedad

En cierto modo, el hecho de referirse a una misión universal es una respuesta a la cuestión de la propiedad. ▶

► Neil MacGregor rechaza las peticiones de los que exigen que el Museo Británico renuncie a la propiedad de los objetos que posee, alegando que su institución los custodia en beneficio del conjunto de la humanidad. A este respecto insiste en que “es muy importante que haya un sitio donde el mundo entero pueda almacenar sus creaciones”.

Al mismo tiempo, dice que con las facilidades de los medios de transporte modernos, las obras de arte ya no están arraigadas a un solo sitio exclusivamente.

Los museos occidentales han aducido también que en muchos países en desarrollo no se dan condiciones adecuadas para conservar las obras. Otra dificultad suplementaria es la penuria de conservadores y personal calificado en la mayor parte de los países del África Subsahariana.

En el caso de Afganistán, el problema de la conservación de las obras de arte se resolvió creando un museo temporal en Suiza para mantenerlas protegidas. Con la ayuda de la UNESCO, esas obras se están restituyendo ahora a ese país en el marco del proceso de reconstrucción de la identidad y la cultura afganas, emprendido después de 30 años de guerra.

Gracias a iniciativas adoptadas o alentadas por la UNESCO, hoy en día se reconoce que, independientemente de los problemas planteados por la propiedad jurídica y las cuestiones de tipo político, la museología está sujeta a imperativos de orden moral y deontológico.

Las convenciones de la UNESCO (1970) y de UNIDROIT (1995) asentaron las bases jurídicas de la lucha contra el tráfico ilícito de bienes culturales. La Conferencia General de la UNESCO estableció en 1980 un Comité Intergubernamental para fomentar el retorno de los bienes culturales a sus países de origen o su restitución en caso de apropiación ilícita. Ese comité va a reunirse esta primavera por cuarta vez en su historia.



© Museo Británico

Galería Roxie Walker.

Muchos museos han adoptado reglas deontológicas aplicables a la adquisición de obras de arte y en varios países se han modificado, en diversos grados, las legislaciones para abordar el problema de su tráfico ilícito.

El Consejo Internacional de Museos (ICOM) ha hecho un llamamiento para trascender las cuestiones de propiedad y las fronteras políticas y centrarse en la mediación y la búsqueda de soluciones constructivas.

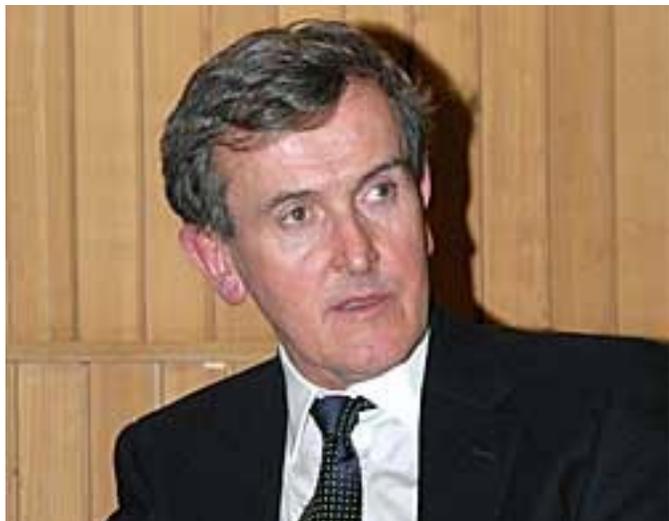
Bernice Murphy, que viene encargándose de las cuestiones de deontología en el ICOM desde hace mucho tiempo, estima que es necesario incitar a los museos enciclopédicos “a que se conviertan en promotores de nuevas formas de cooperación y fomenten el aprovechamiento compartido de conocimientos y experiencias.”

Barry James. París, Francia

La fiebre del arte

En 2006, 6.446 visitantes acudieron cada día al Museo Nacional de Tokio (Japón) para visitar la exposición de Tesoros de la Colección Price, es decir, un total de 317.712. Esta exposición fue la más frecuentada del mundo el año pasado, según la revista británica *The Art Newspaper*. La siguen la exposición de Fujita presentada en el Museo Nacional de Arte Moderno de Tokio (6.324 personas diarias, 311.689 en total) y la exposición de Klimt del Grand Palais parisienne.

“No hay que centrarse exclusivamente en la cuestión de la propiedad de las obras de arte”



© UNESCO/Michel Ravassard

Neil Mac Gregor.

Neil Mac Gregor dirige los destinos del Museo Británico desde 2002. En estos momentos en que los acuerdos firmados entre los Emiratos Árabes Unidos y varios museos estadounidenses y europeos han suscitado vivas polémicas, Mac Gregor nos habla de la noción de museo universal.

¿En qué sentido se puede considerar universal una institución museística de carácter enciclopédico como el Museo Británico?

A mi parecer, la respuesta a esta pregunta hay que encontrarla en la misión que se le asignó desde su fundación y que correspondía al espíritu del Siglo de las Luces: acopiar colecciones para constituir un patrimonio de la humanidad. En efecto, el Museo Británico fue creado en 1753 por un acta del Parlamento “en beneficio público”, esto es, en provecho de todos los ciudadanos del mundo y no exclusivamente de los súbditos británicos.

Hoy en día, gracias al desarrollo de las técnicas de transporte y protección de las obras de arte, es posible

lograr que ese propósito primigenio cobre una nueva dimensión. En estos momentos, el gigantesco desafío que se nos plantea es el de hacer accesible ese patrimonio a todo el planeta. En los últimos decenios, hemos organizado importantes exposiciones itinerantes que han mostrado sobradamente que es posible fomentar intercambios culturales sin precedentes. Hasta hace poco, esos intercambios eran un coto cerrado de los países más ricos. Pero, de ahora en adelante, el Museo Británico va a exponer sus tesoros por doquier, en África, en China, en la India... Los museos de carácter enciclopédico se van a convertir en una especie de bibliotecas de préstamo a escala mundial.

Las grandes exposiciones itinerantes representan una fuente de ingresos sustanciales para los museos. ¿En qué se utilizan esos ingresos?

Esos ingresos, en mi opinión, deben utilizarse para propiciar la organización de exposiciones en los países pobres y facilitar el desarrollo de los intercambios entre las distintas instituciones museísticas mundiales. Esto es lo que ha hecho, por ejemplo, el Museo Británico al invitar a conservadores de obras de arte africanos o asiáticos a venir a estudiar sus colecciones, o al formar profesionalmente a conservadores de países extranjeros. Actuar así



© Museo Británico

El Gran Atrio.

► es sumamente importante, porque se puede ayudar a estos profesionales a que seleccionen una serie de objetos para exponerlos en sus respectivos países y permitirles que los contemplen a través de su propio prisma cultural.

Además, la noción de museo enciclopédico es diferente en las grandes urbes modernas. En Londres se hablan 300 idiomas. Muchas comunidades están integradas por miles –e incluso por cientos de miles– de personas. De ahí que sea preciso propiciar una apertura sistemática hacia todas ellas organizando exposiciones, debates y ceremonias en las que puedan participar. El extranjero ya no es el “Otro”, sino la persona que vive con nosotros en nuestra propia ciudad. Por eso, los museos deben nutrirse de la multiplicidad de enfoques culturales con que pueden ser contempladas las obras que atesoran.

¿Está usted en contra del retorno de determinadas obras de arte a sus países de origen?

Yo pediría gran cautela en este terreno. La confrontación entre las civilizaciones que tiene lugar por intermedio de las colecciones es un elemento fundamental. El Museo

Británico, en sí mismo, es una auténtica joya del patrimonio cultural de la humanidad. Constituye un espacio de encuentro de las culturas del mundo único en su género. Su aspiración sigue siendo la misma que proclamaron los ilustrados del siglo XVIII, que anhelaban reunir el universo entero en un solo recinto. No cabe duda de que el mundo ha sacado gran provecho de ese anhelo. Por aquel entonces, se trataba de interrogar a los objetos no sólo para enriquecer el conocimiento, sino también para integrar civilizaciones y creencias radicalmente diferentes. Esto equivalía a una proclamación de tolerancia y libertad intelectual, cuyo valor actual no necesita ser destacado.

Hay que precaverse también de centrarse exclusivamente en la cuestión de la propiedad de obras de arte. No sería acertado plantear esta cuestión hoy en día, porque se correría el riesgo de provocar una reacción de repliegue. En cambio, sí es acertado plantearse la apertura de las colecciones y su valorización para los investigadores y el público, así como su accesibilidad a los habitantes del mundo entero.

Entrevista realizada por Vincent Noce y Sue Williams



© Micah Garen

Bodhisattva sentado.

La vuelta a casa de los tesoros culturales afganos

Una colección de objetos de arte afganos depositada durante siete años en el “Museo de Afganistán en el Exilio” con sede en Suiza regresa a casa con ayuda de la UNESCO. En Kabul, harán falta esfuerzos suplementarios para devolver su esplendor a un museo saqueado y destruido por la guerra.

El Museo Nacional de Afganistán se halla en el Palacio de Darulaman, icono de la ocupación soviética sito en un suburbio aislado del sudoeste de Kabul. El recuerdo del incendio y las heridas de metralla de sus muros atesti-

▶ guan aún la brutal guerra civil que asoló el país. En la puerta, dos inscripciones, una en inglés, la otra en dari, advierten a los visitantes: “Una nación sigue viva cuando su cultura está viva.”

Mientras Afganistán lucha nuevamente por la vida tras treinta años de guerra, tiene lugar un florecimiento modesto, es cierto, pero muy significativo. La colección afgana del Museo en el Exilio que se encuentra en Suiza volvió a la patria el 16 de marzo de 2007. Al caminar por las salas de Museo Nacional, en medio de amplios espacios vacíos, el entusiasmo es palpable.

Desde la caída del régimen talibán, en 2001, la UNESCO ha organizado y coordinado los esfuerzos para transformar el Museo, bombardeado y pillado, en una institución cultural en pleno funcionamiento. Los obreros se afanan diligentes arreglando puertas y cubriendo agujeros en las paredes, recién pintadas de azul y blanco.

Subiendo por la escalera principal al segundo piso se ven dos cajas con varias estatuas de Bodhisattvas de los siglos IV al VI de nuestra era sentados, representados en la actitud budista de la iluminación y todavía protegidos con plásticos. En el primer salón, detrás de una puerta cerrada, se encuentra un cuarto atestado de estatuas de madera tallada de Nuristán, al norte de Afganistán. Dos figuras, un hombre y una mujer firmemente entrelazados, hablan del rico pasado artístico afgano y, tal vez, de su futuro.

Pero buena parte de las vitrinas están vacías. En 1988, 41.000 piezas del museo, entre las que se cuentan los famosos Tesoros de Bactria (de oro), fueron transferidas a un lugar más seguro debajo del Palacio Presidencial. El resto de la colección fue saqueado en los años 90 durante la lucha por el control de Kabul tras la retirada soviética de Afganistán.

Un museo alternativo en el exilio

En 1998, en respuesta a la persistente destrucción y saqueo del país, la Alianza del Norte y los talibán solicitaron ayuda a Paul Bucherer, director de la Fundación Biblioteca Afgana de Suiza, para establecer un museo de Afganistán en el exilio. En octubre de 2000, el Museo Afgano en el Exilio, con sede en Bubendorf, (cantón de Basilea, Suiza) según los términos de un acuerdo con la UNESCO, se convirtió en un depósito para conservar las obras dispersas del patrimonio cultural de este país.



© UNESCO/Pasanori Naqaoka

Paul Bucherer-Dietschi, Director de la Fundación Biblioteca Afgana, en el momento del retorno de los objetos de arte al Museo Nacional de Afganistán.

“Incluso miembros de los talibán trajeron instrumentos que tenían de sus padres. No quisieron destruirlos”, relata Bucherer, al tiempo que embala piezas de la colección en cajas que pronto partirían hacia Kabul. En un lapso de seis años, la colección llegó a reunir 1.400 piezas arqueológicas y etnográficas, entre ellas alfombras, joyas, cofres e instrumentos musicales donados sobre todo por coleccionistas privados.

En septiembre de 2006, la UNESCO accedió a la solicitud del gobierno afgano de repatriar estos objetos al Museo Nacional en proceso de restauración. “Es un buen comienzo”, estima Omara Khan Masudi, Director General del Museo Nacional de Kabul, atareado en organizar una exposición de los objetos para finales de esta primavera. “Tengo la esperanza de que otros países que poseen piezas saqueadas del museo puedan ayudarnos a recuperarlas”.

En 2003, Masudi visitó el Museo en el Exilio y reconoció cuatro objetos procedentes del Museo Nacional desaparecidos tras un saqueo. La colección etnográfica de éste también había sido destruida en los años 90, y Masudi opina que el retorno de los objetos etnográficos procedentes del Museo en el Exilio constituye un paso muy importante para la reconstitución de la colección. “Durante los 30 años de guerra, la mitad de la población afgana fue arrojada al destierro y perdió sus pertenencias”, explica por su parte Bucherer. “Conocen su cultura sólo por los relatos de sus padres y abuelos. Por lo menos la mitad de los objetos ya no se encuentran en Afganistán. Dado que las tiendas fueron destruidas, las herramientas también lo fueron y los afganos necesitan estos objetos como modelo ▶

▶ para poder fabricar nuevos. Estos elementos son necesarios para reconstruir la conciencia del país”.

El momento oportuno

Con un número creciente de ataques talibán en el sur, señalando el comienzo de una ofensiva de primavera, el reintegro de las piezas al Museo Nacional comporta ciertos riesgos. Pero Masudi está convencido de que la hora para tal operación es propicia porque “en Kabul la seguridad es mejor”. Además, para él, el retorno de los objetos del Museo en el Exilio es el primer peldaño de un largo proceso. “Es difícil, pero los objetos de nuestro museo son muy famosos. Todos saben que las piezas pertenecen al Museo Nacional de Afganistán”.



© UNESCO/BCassar

El Museo Nacional de Afganistán.

“Es una decisión del gobierno afgano”, indica Shigeru Aoyagi, Director de la Oficina de la UNESCO de Kabul. “Estamos apoyando a las autoridades en el restablecimiento de las instituciones culturales”. La prioridad de Aoyagi es programar una conferencia de gran importancia sobre la salvaguardia y protección del patrimonio cultural afgano* y colaborar con el ministerio en el desarrollo de una política cultural amplia. “Es necesaria una intervención externa para crear un sentido de orgullo,” dice. La “diversidad de Afganistán necesita una demostración de envergadura para evidenciar la riqueza del país. Y el papel de la UNESCO en este proceso es vital.” Y prosigue: “La cultura es fundamental para el desarrollo de una democracia pacífica y puede ayudar a la unificación de la gente. Y también puede expresar: así es Afganistán, nuestra condición y nuestra gente”.

Mientras las colinas continúan sepultadas bajo un espeso manto de nieve, los primeros brotes de la primavera se notan ya en el Museo Nacional, donde se prepara una cálida bienvenida para el regreso de una parte muy pequeña de sus valiosos tesoros perdidos.

Micah Garen, Kabul

* Se trata de la segunda conferencia del Comité Internacional para la Protección del Patrimonio, una reunión del Comité Internacional de Coordinación para la Salvaguardia del Patrimonio Cultural Afgano.



Samoa: “Las obras de arte están mejor fuera”



© Laura Berdejo

Museo Nacional, Apia.

Los museos de países que pasaron por procesos de colonización suelen clamar por el retorno de obras conservadas en las antiguas metrópolis. En Apia, en cambio, el Museo Nacional de Samoa exhibe apenas un centenar de obras. Las piezas más representativas de su historia están en otros países esperando a que el archipiélago reúna las condiciones para albergarlas.

Samoa, Pacífico Sur, 170.000 habitantes, siete islas y más de tres mil años de historia, de cultura y de tradiciones materializadas en toda suerte de instrumentos ligados a la supervivencia en un medio insular y tropical. Diferentes tipos de canoas, redes, esteras, viviendas, vasijas, hornos, hachas... dan cuenta de su pasado, y sin embargo apenas tres salas de un edificio gubernamental decadente exhiben una muestra pequeña de todas esas piezas.

“La verdad es que, habida cuenta de las condiciones que tenemos aquí”, explica Ulrike Hertel, principal responsable del Museo Nacional samoano, “por ahora es mejor que las obras estén fuera”.

¿Dónde están las obras de arte samoanas? La mayoría, y desde luego las más valiosas, están desperdigadas por museos y colecciones privadas de Nueva Zelanda, Estados Unidos, Australia y Alemania. El Museo Nacional del archipiélago no cuenta con las condiciones necesarias para que las piezas sean devueltas y todas las partes aguardan que exista un lugar en el que puedan exponerse. Por ejemplo, las tapas (tejidos estampados característicos del país fabricados a partir de masa vegetal secada al sol) más delicadas, valiosas y representativas de la cultura samoana se exponen en el Museo Nacional de Australia, en Canberra.

“Tenemos cartas de compromiso de la práctica totalidad de los museos y galerías de otros países que tienen obras de arte de Samoa”, dice Herkel, “en cuanto tengamos salas bien acondicionadas y un buen servicio de vigilancia las devolverán”.

En el Museo Nacional samoano apenas hay vigilancia, el aire acondicionado tiene que apagarse durante la noche “por disposición gubernamental” y no hay servicios de mantenimiento ni de seguridad.

Aunque los robos no son un problema, “porque aquí no hay mercado de arte, ni mercado negro y no se puede hacer negocio con las obras”, los países depositarios de las piezas exigen unas medidas mínimas para devolverlas.

Detrás de esta situación subyacen dos factores históricos. Por una parte, el pasado colonial de Samoa, durante el cual los colonizadores (alemanes y neozelandeses) se fueron llevando las obras sin que ello se considerase un expolio o un crimen, sino algo normal en el contexto colonial. Por otra parte, la edad del Museo, ya que es sorprendentemente joven, apenas ocho años de edad.

Patrimonios entrelazados

Además de instrumentos vinculados con el estilo de vida samoano (Fa’a Samoa), en una de las salas se exhiben corales, conchas o peces, es decir, objetos más propios de un museo de ciencias naturales: “En principio se debe a ▶

► que la relación entre tradición y naturaleza está encarnada en la cultura samoana, pero también porque no hay otro museo donde exhibirlo...”, se lamenta Ulrike.

La funcionaria explica que, además de los objetos vinculados con la naturaleza, las piezas de museo del país se dividen en dos grupos: los vestigios arqueológicos y la artesanía. Los restos más antiguos datan de unos 1.000 años a.C. y constituyen sobre todo hachas de piedra y buriles. En general la población desconoce su importancia y si los encuentran no saben identificarlos pero, dado el material en el que están elaborados, su mantenimiento es sencillo.

Las artesanías tradicionales, que muchas familias aún continúan fabricando, son básicamente objetos domésticos (utensilios de cocina, esteras, adornos) y son muy delicados, ya que están elaborados sobre todo con materia prima vegetal.

“En realidad la verdadera cultura de Samoa no puede mostrarse en un museo” explica Hertel, “porque su autenticidad reside en la forma de hacer las cosas. Decididamente, en Samoa los rituales de creación de la obra valen más que la obra misma”. Además, ella misma reconoce que el patrimonio material samoano es de los más pobres del Pacífico, si se compara por ejemplo con las máscaras de Vanuatu o las esculturas de Papua Nueva Guinea.

Con todo, nada de esto es pretexto para no tener un museo nacional donde guardar las obras que muchos países están deseando mandar: “Casi todos quieren devolver las piezas, actualmente la mayoría de los museos tienen problemas de espacio y ni siquiera en países como Nueva



© Laura Berdejo

En una de las salas del Museo Nacional de Samoa se exhiben corales, conchas y peces, es decir, objetos más propios de un museo de ciencias naturales.

Zelandia, con una cultura tan cercana a la nuestra, hay un interés por Samoa como para dedicar una sala a su arte”, concluye.

En cambio, en la propia Samoa el interés aumenta. Al menos eso afirma una de las asistentes de Hertel: “Cada vez viene más gente”, dice, y, mostrando orgullosa un cuaderno de visitas, agrega: “El mes pasado visitaron el museo 103 personas y cada vez hay más colegios que vienen periódicamente y turistas que entran a verlo.”

Laura Berdejo en Apia, Samoa



© Laura Berdejo

En el Museo Nacional de Samoa, la vigilancia es casi inexistente.

“La verdad es que, habida cuenta de las condiciones que tenemos aquí”, explica Ulrike Hertel, principal responsable del Museo Nacional samoano, “por ahora es mejor que las obras estén fuera”.

De visita en el Museo Nacional de Malí

Como otros muchos museos de África, el Nacional de Malí está confrontado a la delicada cuestión de la devolución de obras que se encuentran en países del Norte. Su director, Samuel Sidibé, inscribe la cuestión en una perspectiva aún más amplia, pues incluye la lucha contra el saqueo y el tráfico ilícito de bienes culturales.

El Museo Nacional de Malí se halla al pie de la colina que alberga el palacio presidencial de Bamako. En el jardín que lo circunda, pájaros apenas domesticados comparten el césped con los visitantes. Una pareja de españoles se afana en perpetuar el instante con su cámara y más allá unos jóvenes australianos que terminan su visita se aplican en hacer lo propio.

“Anualmente visitan nuestro museo entre 20.000 y 25.000 personas. Vienen de todas partes del mundo”, explica Samuel Sidibé, director del Museo Nacional de Malí desde hace veinte años. Es sabido que pasa más tiempo en su oficina atiborrada de expedientes y documentos que en su hogar. Recibe al visitante con un sándwich en la mano. Antes, “su” museo se llamaba Museo Sudanés de Bamako. Tras la independencia de Malí, en 1960, pasó a llamarse “Museo Nacional”. Desde entonces el lugar ha prosperado mucho. Su presupuesto de funcionamiento aumentó de nueve millones de francos CFA en 1992, a los 350 millones que dispone en la actualidad. En cuanto a sus colecciones, se estima que suman unas 7.000 piezas.

Allí, en una sala llamada “Malí milenario”, se presenta la historia del trabajo del hombre, su evolución, las técnicas y prácticas culturales, la aparición de las ciudades y los intercambios comerciales a través de una serie de objetos como discos, punzones, hachas, yunques y martillos. Estos útiles de hierro y latón demuestran que los hombres dominaban el hierro mucho antes del siglo XIII.



© Museo Nacional de Malí

El Museo Nacional de Malí, en Bamako.

La estatuilla que dio de qué hablar

En esa misma sala hay una estatuilla de terracota. No es una pieza cualquiera. En su base de plexiglás puede leerse: “Donación del Señor Jacques Chirac, Presidente de la República Francesa – 1997”. La donación tiene su historia: con motivo de un cumpleaños, el presidente, reconocido aficionado al arte africano, recibió la estatuilla como regalo. Tras una investigación de la prensa, se comprobó que provenía de excavaciones clandestinas efectuadas en Malí. El asunto fue muy sonado. El presidente Chirac decidió entonces donarla al Museo Nacional de Malí. Un regreso al “hogar” que ilustra toda la delicada y compleja cuestión de la devolución de las obras de arte africano que se encuentran en Occidente.

“El saqueo de nuestro pasado cultural es una cuestión sin fin. Creo que hay que luchar en varios frentes al mismo tiempo, pidiendo el retorno definitivo de nuestras obras o el regreso temporal para exposiciones y combatiendo el saqueo”, explica Samuel Sidibé, cuyo museo recibió en 2006 el premio Príncipe Claus, que recompensa la lucha contra el tráfico de bienes culturales.

Y Sidibé conoce bien el tema, pues fue el impulsor de un sistema de autorización para la exportación de los objetos culturales que parten del aeropuerto maliense de Bamako. Para trasladar el combate a mayor escala, Sidibé propone el desarrollo de una asociación a nivel regional en la que se coordine la lucha gracias a brigadas de



© Museo Nacional de Malí

Exposición de arte ritual.

- ▶ vigilancia instaladas en los pueblos y sitios donde tienen lugar las excavaciones.

Combate global

Para Samuel Sidibé, la UNESCO puede desempeñar un papel clave en la lucha contra el pillaje de obras de arte y en el retorno de las mismas a sus tierras de origen. “Una simple carta a un museo para la devolución de una obra de arte no puede resolver el problema. La lucha tiene que ser global. Es necesaria una implicación más activa de la UNESCO en esta batalla”, agrega.

Más allá de este combate de largo aliento para la devolución de las obras que se encuentran en los museos del Norte, Samuel Sidibé aboga por que su museo continúe siendo un lugar vivo. En la sala consagrada a los textiles,

los ropajes tradicionales se exhiben junto a trajes modernos de algodón como el “bogolán”, que en África occidental e incluso en Europa simboliza la identidad maliense.

El museo de Bamako es también un constante hervidero cultural. Su director invita a los visitantes a asistir a los “jueves musicales”. En el recinto de entrada al museo, un intérprete ejecuta sus composiciones ante un millar de personas. En el museo también se organizan proyecciones de filmes, desfiles de moda y de estilistas. “La cultura no es estática, sino algo muy dinámico”, concluye Samuel Sidibé.

Serge Daniel, Bamako.



© Museo Nacional de Malí

Vista general del patio central.

“Anualmente visitan nuestro museo entre 20.000 y 25.000 personas. Vienen de todas partes del mundo”, explica Samuel Sidibé, director del Museo Nacional de Malí.

Un museo que da el vértigo de las profundidades

La idea de contemplar en el fondo del mar los restos de un navío naufragado en tiempos pretéritos se está abriendo paso. En los próximos años, varios proyectos de museos submarinos se harán realidad.

Junio de 1758. La flota británica sitia la fortaleza de Luisburgo, erigida en la isla de Cap-Breton, frente a las costas de la actual provincia canadiense de Nueva Escocia. Dos navíos franceses, el Prudent y el Célèbre, son echados a pique y naufragan con todos sus tripulantes y bienes.

Los que gustan de admirar restos de naufragios pueden contemplar ahora los pecios de ambos barcos, a condición de pertrecharse con trajes de buceo. En efecto, el Prudent y el Célèbre yacen en el fondo del mar desde hace ya doscientos cincuenta años, a varias decenas de metros de profundidad. Con un mapa de fondos marinos en mano, los submarinistas aficionados a la arqueología pueden visitar el lugar del hundimiento por grupos de seis o siete personas, conducidos por un guía. Conservar los vestigios de un naufragio en el mismo lugar en que se produjo permite evitar la oxidación y el deterioro que sufren cuando son extraídos del agua.

“La presentación de vestigios arqueológicos *in situ* es algo fantástico, porque se pueden mostrar los objetos tal como se descubrieron. Nuestro cometido de arqueólogos consiste en proteger los objetos, participar en los trabajos de investigación de los mismos y comunicar al público los conocimientos adquiridos”, dice Robert Grenier, arqueólogo submarino y Presidente del Comité Científico Internacional del Patrimonio Cultural Subacuático del Consejo Internacional de Monumentos y Sitios (ICOMOS).

No obstante, teniendo en cuenta las condiciones de ese tipo de visitas, sólo un número relativamente reducido de personas puede efectuarlas. Para dejar los vestigios en su medio “natural” y facilitar su acceso al público el general, sería necesario construir bajo el agua. Esta idea puede



© Creaciones Jacques Rougerie

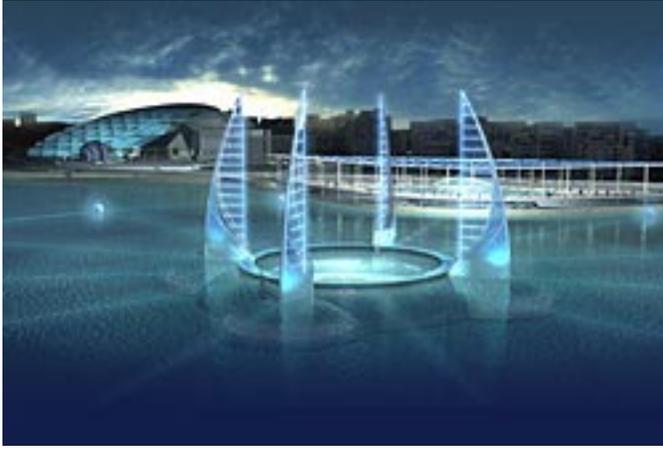
Vestigios arqueológicos en la bahía de Alejandría, Egipto.

parecer descabellada, pero las construcciones submarinas con fines educativos y recreativos existen ya. En efecto, bajo las aguas del Mar Rojo, en Eilat (Israel), hay un edificio circular acristalado que permite observar directamente la fauna y la flora marinas. Existen construcciones análogas en otras partes del mundo, por ejemplo el Maui Ocean Center de Hawai, aunque éste es también un observatorio del medio marino sumergido, un acuario de tamaño natural, por así decir.

Una experiencia única

De ahí a exponer estatuas, ánforas o proas de galeones en el medio marino donde se hallan sólo hay un paso, que hasta ahora no se ha dado. Por otra parte, ¿qué interés puede tener el construir un museo subacuático? ¿Qué aportaría a los visitantes? Al arquitecto francés Jacques Rougerie le sorprende que se puedan formular preguntas semejantes. “Nada puede parecerse a la emoción de hallarse en el lugar mismo donde se produjeron los acontecimientos históricos. Además, la relación con el agua es muy distinta de la que se tiene cuando se está en tierra. La experiencia es única”, dice. Esto es lo que trata de demostrar con su proyecto del museo subacuático de Alejandría (Egipto).

Ese proyecto prevé albergar los tesoros arqueológicos descubiertos estos últimos años en la bahía de esta famosa ciudad egipcia y, si llega a realizarse, los visitantes podrán sumergirse literalmente en la Antigüedad. Situado cerca de la Biblioteca, constaría de dos partes: un ágora a flor de agua, unida a la costa, albergaría la parte del museo dedicada al almacenamiento, estudio y tratamiento de los vestigios. La segunda parte, sumergida, se aperibiría



© Creaciones Jacques Rougerie

Proyecto de Jacques Rougerie del Museo Subacuático de Alejandría.

- ▶ gracias a cuatro grandes velas que aflorarían a la superficie del agua. Los visitantes recorrerían un pasillo submarino hasta llegar a una especie de anillo con salas de exposición temáticas en las que se mostrarían objetos sacados del agua. En el centro del anillo, un patio acuático mostraría las obras que no se hubiesen podido extraer del fondo del mar.

Jacques Rougerie habla de su proyecto haciendo un croquis. Con un trazo de lápiz, el edificio futurista cobra vida ante nuestros ojos. “Aquí –dice– estará la columna central por la que va a entrar la luz y el agua estará filtrada en un 50% para hacerla más transparente, sin que por ello el lugar pierda su ambiente misterioso”. Desde el museo también se podrá ver cómo los arqueólogos trabajan en este sitio submarino, que es uno de los más ricos del mundo en vestigios de la Antigüedad. “Hay que imaginarse a Cleopatra en este lugar. No estamos en el ámbito de la reconstitución, sino en el lugar mismo de la aventura humana”.

De la utopía a la realidad

Utópica hasta hace pocos años, la idea de crear museos subacuáticos se va abriendo paso. El arquitecto japonés Tadao Ando acaba de hacer públicas las líneas maestras

de su proyecto de museo del mar, que se prevé inaugurar en 2012 en la isla de Saadiyat (Emiratos Árabes Unidos). Dedicado a las tradiciones marítimas del Golfo, y más concretamente a la industria perlífera y pesquera, el museo estará en parte construido bajo el mar. Una vez más, ¿por qué ese afán de construir bajo el agua? Eiji Hayakawa, un colaborador del arquitecto japonés, responde: “Tadao Ando ha querido crear un edificio que sea, de por sí, toda una aventura arquitectónica. Es una forma de crear un nexo entre las antiguas tradiciones vinculadas al mar y el futuro”.

Otros museos subacuáticos podrán existir un día. Jacques Rougerie sueña con un lugar sumergido en el Pacífico donde se puedan contemplar los pecios de los buques hundidos durante la Segunda Guerra Mundial, e incluso un museo dedicado al Titanic. Ese sueño, sin embargo, tiene un precio elevado. En efecto, el costo de una construcción submarina es dos veces y media superior al de un edificio en tierra. Una razón que, hasta ahora, hace vacilar a muchos de los que podrían promover construcciones de este tipo.

Agnès Bardón



© Creaciones Jacques Rougerie

Tesoros hundidos.

“La presentación de vestigios arqueológicos *in situ* es algo fantástico, porque se pueden mostrar los objetos tal como se descubrieron”, dice Robert Grenier, arqueólogo submarino.

CRONOLOGÍA



© MillyNeT/ Libre de derechos

El término latino “museum” proviene del griego “mouseion”, lugar de contemplación y debate sobre arte y filosofía. Al principio, el término hacía referencia a una biblioteca; su significado actual de edificio en el que se exhiben objetos se acuñó en los siglos XVII y XVIII. Sin embargo, el deseo humano de coleccionar y exponer objetos es mucho más antiguo...

Siglo VI a.C. En la ciudad de Ur, Babilonia, los reyes Nebuchadrezzar y Nabonidus inician una colección de objetos de siglos anteriores.

437-432 a.C. La Propylaea, principal edificio de la Acrópolis de Atenas, alberga una galería de pinturas murales dedicadas a los dioses llamada Pinakotheké.

Siglo III a.C. La idea de coleccionar evolucionó durante el reinado del emperador Shih Huang-ti, de la dinastía Chín, en cuyo palacio de Xián (China) se exhiben objetos insólitos de gran valor.

Alrededor del año 280 a.C. Ptolomeo I Sóter funda un museo que incluye una biblioteca y una escuela en su capital Alejandría (Egipto).

Siglo IX En la Europa medieval, los conventos y monasterios empiezan a almacenar reliquias cristianas y tesoros del emperador Carlomagno.

Siglo XV Cosme de Médicis, mecenas florentino, reúne una notable colección de pinturas toscanas en el lugar que actualmente se conoce con el nombre de Galería de los Uffizi.

1523 Los hermanos Grimani, coleccionistas de arte, hacen un generoso legado de obras a la República veneciana, en lo que constituye uno de los primeros casos de donación privada a una institución pública.

1683 La Universidad de Oxford, beneficiaria de la donación de una colección privada, crea un edificio abierto al público, conocido como Museo Ashmolean.

1734 En el Vaticano, el Papa Clemente XII da acceso al público al Museo Capitolino.

1759 Se inaugura en Londres el Museo Británico, de entrada gratuita.

1778 Un grupo de intelectuales holandeses comienzan una colección de arte y ciencia en Batavia (la actual Yakarta), que en la actualidad forma parte del Museo Nacional de Indonesia. ▶

► **1793** Como consecuencia de un decreto del gobierno de la Revolución Francesa que decide exponer al público las colecciones de arte reales, se abre una parte del Palacio Real del Louvre en París, conocido como Museo Central de las Artes.

1812 Argentina inaugura su Museo de las Ciencias Naturales en Buenos Aires.

1825 Se crea en Ciudad del Cabo el Museo Sudafricano, que alberga la colección zoológica de Sir Andrew Smith.

1946 Creación del Consejo Internacional de Museos (ICOM), una organización no gubernamental de museos y profesionales de la museística asociada a la UNESCO. Hoy en día cuenta con 21.000 miembros en 140 países.

1970 La UNESCO adopta una convención para impedir el tráfico ilícito de bienes culturales que en adelante incide principalmente en la manera en que los museos adquieren objetos para sus colecciones.

1997 Inauguración del Museo Guggenheim de Bilbao, en España. Considerado una obra maestra de la arquitectura moderna, fue el último gran museo construido en el siglo XX.

2007 Inauguración, prevista en agosto, del Museo Internacional de la Esclavitud, con el apoyo del Proyecto La Ruta del Esclavo de la UNESCO. Situado en el Albert Dock de Liverpool, inscrito en la Lista del Patrimonio Mundial de la UNESCO, cuando crezca, se convertirá en el primer museo mundial de la esclavitud.

2009 Apertura prevista a finales de año del Museo Nacional de la Civilización Egipcia. Es el proyecto más importante que se ha llevado a cabo en Egipto con la cooperación de la UNESCO.

José Banaag

Fuentes: Encyclopaedia Britannica, Encyclopaedia Universalis



© B. Lemoine

Museo Guggenheim de Bilbao, en España.

EN OTRAS PALABRAS



«Las antigüedades deberían estar en los museos, no en las casas particulares.»

Zahi Hawass (1947-), arqueólogo y museólogo egipcio



«El museo puede y debería tratar todos los aspectos de la vida social: tiene el poder para conseguir una mejor comprensión de la sociedad y de su evolución.»

Alpha Oumar Konaré (1946-), originario de Malí, Presidente de la Comisión de la Unión Africana



«Si pensamos bien en ello, los grandes almacenes se convierten un poco en museos.»

Andy Warhol (1928-1987), figura del arte pop estadounidense



«El museo es uno de los lugares que dan una de las ideas más elevadas del hombre.»

André Malraux (1901-1976), escritor francés.
Fragmento de «El museo imaginario»



«Somos nuestra memoria, somos ese quimérico museo de formas inconstantes, ese montón de espejos rotos.»

Jorge Luis Borges (1899-1986), escritor argentino



«Época extraña la nuestra, en que los museos se vuelven iglesias y las iglesias museos.»

Jean Cocteau (1889-1963), escritor francés



«¿Por qué cualquier experiencia debe ser sistematizada? Un museo no es un contacto directo: es una lectura ilustrada.»

D.H. Lawrence (1885-1930), novelista y poeta británico



«Dadme un museo y lo llenaré.»

Pablo Picasso (1881-1973), pintor y escultor español



«Un cuadro de un museo es, posiblemente, el que tiene que escuchar más tonterías en todo el mundo.»

Hermanos Edmond (1822-1896) y Jules (1830-1870) de Goncourt, escritores e historiadores franceses.
Fragmento de «Ideas y sensaciones».



«Estudia el pasado si quieres pronosticar el futuro.»

Confucio (551-479 a.C.), filósofo y sabio chino.



«Un lugar dónde se cura el alma.»

Ramsés II, faraón de Egipto (reino del 1300 al 1235 a.C.).
Inscripción que se encuentra en su biblioteca de papiro, en la ciudad de Tebas.

El Correo de la UNESCO es una publicación de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura.
7, place de Fontenoy 75352 París, Francia

Información por correo electrónico: courier.unesco@unesco.org

Director de la publicación: Saturnino Muñoz Gómez

Jefe de redacción: Enzo Fazzino

Editora francés: Agnès Bardon

Editores inglés: Stephen Roberts, Edna Yahil

Editora español: Lucía Iglesias Kuntz, Cristina Fernández Vidal

Editor árabe: Bassam Mansour

Editores ruso: Vladimir Sergueev, Katerina Markelova

Editora chino: Weiny Cauhape

Asistente editorial: José Banaag

Editora gráfica: Fiona Ryan

Plataforma web: Fabienne Kouadio, Chakir Piro

Maqueta: Gérard Prosper

Los artículos y fotografías pueden reproducirse y traducirse siempre y cuando se cite al autor y se incluya la mención "Tomado del Correo de la UNESCO", precisando la fecha y el enlace a la página. La reproducción de las fotografías que no incluyan el crédito de la UNESCO requiere una autorización especial.

Los artículos firmados expresan la opinión de sus autores, que no es necesariamente la de la UNESCO.

Las fronteras de los mapas que se publican ocasionalmente no implican reconocimiento oficial por parte de la UNESCO ni de las Naciones Unidas, como tampoco los nombres de países o territorios mencionados.

ISSN 1993-8616